

El excelente sacerdote la leyó y se la devolvió.

—Acepte usted—le dijo.—El marqués tiene razón. ¡Cuánta miseria podrá usted consolar!

La casa del capitán Soubère fué agrandada considerablemente.

La felicidad anida en ella.

Dos hermosos niños juegan en los jardines, dos mucháchos robustos y alegres, que Marieta quiere con delirio.

Barrousse y Rabastoul los adoran, y el cura dice, haciéndolos saltar sobre sus rodillas:

—Estos serán militares como su abuelo.

La casa de Caubous ha sido restaurada.

La habita Luis, el antiguo suboficial, que se ha casado con una joven hermosa y buena, que el hermano mayor ha dotado pródigamente.

La montañesa y la tía Julia descansan al abrigo de las viejas iglesias que las vieron nacer.

La vida es una deuda.

Ellas la han pagado.

Estagnon se ha establecido en Luchón, después de casarse con la sobrina de Bastida.

La justicia de Dios parece que ha olvidado á Brichard, que vive como un burgués acomodado en los alrededores de Beauvais, en una granja que ha transformado en castillo.

El padre Jeromo, seducido por el dinero de la viuda Piot, se ha casado con ella.

Ese es su castigo.

El sindicato de banqueros judíos que presidía el barón Mosés, sigue triunfante, y aunque se notan en él síntomas de disolución desde que falta el jefe, continúa amontonando Pellión sobre la Osa, ruinas sobre ruinas, y millones sobre millones.

Sin embargo, como el barón Mosés en las cimas del Antenac, le parece oír de lejos el sordo zumbido de la tempestad popular, y quizá no esté lejos el momento en que la cólera de Dios reduzca al polvo esas fortunas escandalosas, que no son fruto del trabajo ó del genio, sino que se han erigido á costa del despojo de las gentes honradas y de la miseria de los pueblos.

FIN DE LA NOVELA.

112

P
-E
V
V.